

Thomas LAQUEUR (1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid, Crítica [Colección Feminismos], 413 pp. ISBN: 84-376-1290-X.

Cuatro años después de su publicación por Harvard University Press, aparece la versión española de este libro en *Feminismos*, una colección de obras de interés en el campo de los Estudios de las Mujeres, que editan conjuntamente desde 1990 la editorial Cátedra, la Universidad de Valencia y el Instituto de la Mujer. Se trata de una obra que ha tenido excelente acogida entre intelectuales feministas —la propia colección en la que aparece es buena prueba de ello— así como un amplio eco en revistas anglosajonas de historia de la medicina y de la ciencia, que le han dedicado numerosas reseñas.

Laqueur, a quien leemos en castellano gracias a una encomiable traducción del historiador de la ciencia Eugenio Portela, hace una historia de las representaciones científicas del cuerpo sexuado, basándose en textos médicos y de filosofía natural y en una metodología que debe mucho a las aportaciones teóricas del pensamiento feminista. El conjunto de la obra puede entenderse como una excelente ejemplificación, desde la historia de la ciencia, de cómo los conceptos de género —diferencias sociales y culturales atribuidas a las personas en función de su sexo, dicho muy esquemáticamente— y de sexo —diferencias naturales, biológicas— se construyen históricamente, se articulan y se influyen entre sí.

Laqueur nos descubre a través de una gran variedad de fuentes médicas, la mayoría sobre reproducción y sexualidad, la mutabilidad de las explicaciones científicas que construyen el sexo como categoría natural o biológica, demostrando que a lo largo de la historia «casi todo lo que se desea decir sobre el sexo ya ha sido reivindicado para el género» (p. 33). O lo que es igual, que el conocimiento científico que se genera sobre la diferencia sexual, se encuentra profundamente sesgado por las relaciones asimétricas de poder entre varones y mujeres propias de un sistema social de dominación masculina.

El autor marca dos etapas en la historia de la representaciones científicas del sexo. Una primera, de «sexo único» (masculino), desde la ilustración griega al siglo xvii, que niega al cuerpo de la mujer categoría ontológica y lo reduce a una versión menos perfecta del masculino; etapa en la que el género, y no el sexo, juega un papel epistemológico, ordenando los cuerpos jerárquicamente como versiones de uno sólo. Los textos griegos y latinos clásicos y las ilustraciones de las anatomías renacentistas, proporcionan material más que suficiente para justificar la tesis.

La segunda etapa, que comienza en el siglo xviii se caracteriza por el establecimiento del «dimorfismo sexual», es decir, la existencia de diferencias apreciables en los organismos de las mujeres y los varones. Se va creando una nomenclatura apropiada para denominar la recién descubierta diferencia anatómica y los aparatos reproductores, primero, y la totalidad del organismo, con posterioridad, se van conformando como distintos, aunque igualmente coherentes con el sistema de géneros. En las postrimerías del xviii el dimorfismo se convierte en diferencia inmensurable de los sexos, discurso que desde algunos ámbitos científicos y filosóficos sustenta la doctrina y la práctica liberal de las esferas privada y pública. El abanico de textos utilizados se amplía a escritos políticos y literarios, entre ellos algunos de Olimpia de Gouges, Condorcet o Mary Wollstonecraft.

En la obra existen, sin que el autor las justifique, algunas asimetrías que afectan a la extensión y tratamiento que se da a los temas. Aunque el cronológico no ha sido un criterio de ordenación estricto, la etapa de sexo único, hasta el siglo xvii, ocupa casi dos tercios del volumen total, por casi un tercio para el siglo xviii. La contemporaneidad, a pesar de estar incluida en el título con el nombre de Freud, se limita a unas cuantas páginas finales, con someros comentarios de textos diversos, entre ellos alguno de Darwin y Freud. Por otra parte, la primera etapa parece más rigurosa en el tratamiento de las fuentes que la última. Además, las referencias históricas a las relaciones de género y a la consideración social de la ciencia están ausentes, salvo en el periodo ilustrado, en el que se contextualiza a través de fuentes de la época, con escasas citas a estudios críticos actuales.

La lectura de este libro, con todo, cautiva y al tiempo provoca contradicciones en una lectora de formación histórico-social. El discurso es ágil, con grandes dosis de un humor infrecuente en el común de los trabajos de investigación. La tesis manejada, que establece la inexistencia de dicotomía entre sexo y género, sugerente y relevante. La diversidad de fuentes, escritas entre el siglo iv a.C. y el xix, asombrosa. La escasa contextualización social con anterioridad al xviii, por fin, desconcertante. Quizá esto último sea la debilidad mayor de este libro que, para una comprensión amplia, probablemente necesita de personas introducidas en la historia de la ciencia y en la historia de las mujeres. Lo cual, sin embargo,

no es obstáculo, sino solo advertencia, para recomendar su lectura a un público general y a quienes leen *Dynamis*, en particular, por tratarse de una obra innovadora, sugerente y crítica, a la vez que formativa e informativa.

Por fin, añadir que se trata de una edición bastante cuidada, con referencias exhaustivas a las traducciones castellanas de las obras citadas (no obstante alguna ausencia importante, como en la p. 35, n. 36, que se olvida la versión castellana del artículo de Joan Scott, *El género: una categoría útil para el análisis histórico*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990). Las ilustraciones tienen una calidad de impresión mejorable y es seguro que la colección *Feminismos* ganaría con la incorporación de un apartado bibliográfico final y con la de índices analíticos, de tan escasa tradición en la divulgación científica española, que posibilitaran una lectura alternativa.

TERESA ORTIZ GÓMEZ